AÑO II — BUENOS AIRES 21 DE MAYO DE 1923 — N.o 70

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERÚ 1537 — Valores y giros a A. Barrera

FINALIDAD SINDICALISTA

Hay un punto de divergencia, casi fundamental, en la posición que los anarquistas de la Argentina ocupamos en el movimiento obrero y la teoría sindicalista que sostienen la mayoría de los compañeros de Europa. Y esa cuestión, si bien es puramente táctica, involucra a la vez un problema teórico y hasta determina la conducta de los anarquistas en sus actividades revolucionarias, ya sea dentro o al márgen de los sindicatos obreros.

Tratándose de señalar actividades en el movimiento social, es imposible separar la teoría de la práctica, el contenido ideológico de una tendencia de sus expresiones más características y primordiales en el terreno de la lucha. Por eso creemos nosotros que la táctica anarquista es la que determina al anarquismo en sí, como movimiento revolucionario y como modalidad introducida en la organización social contemporánea para inculcar en la masa obrera ideas morales que están en oposición a la moral ambiente.

Si los anarquistas actuamos en los sindicatos obreros, no es solo porque ellos nos señalen un lugar como miembros de una clase social determinada. La defensa de nuestros intereses económicos, la realidad que el sindicalismo representa en la lucha de clases y la expresión subversiva que contiene la organización anticapitalista, no constituyen para los anarquistas los únicos motivos de actividad. De ahí que digamos que el sindicalismo no es otra cosa que un medio de acción, un instrumento económico para la lucha económica, no pudiendo por eso bastarse a sí mismo en la realización de un propósito revolucionario que vaya más allá de la lucha de clases.

Esta constatación es aceptada por todos los anarquistas. Pero existe una enorme diferencia en la forma de apreciar el mismo problema del punto de vista táctico: la actividad de los anarquistas en las organizaciones obreras y fuera de ellas.

Para los compañeros de Europa, si bien el sindicalismo no se basta a sí mismo, debe tener su esfera de acción aparte de las luchas políticas e ideológicas, y los anarquistas, en las organizaciones obreras deben abstenerse de plantear conflictos ideológicos, choques de ideas, cualquier cuestión que sea motivo de divergencia entre los trabajadores. Y esto, según nuestro modo de ver, no solo es absurdo, sino que está desmentido y negado por la realidad del movimiento obrero, dividido en tantas fracciones como grupos políticos e ideológicos en él actúan.

Para el compañero Luis Fabbri — y para la mayoría de los anarquistas de Italia, Francia y España — "la organización sindical de los trabajadores no puede bastar por sí sola, con su actividad en el terreno económico, para la resolución de todos los problemas sociales — los cuales, aún cuando no sean económicos, interesan lo mismo a los trabajadores en su cualidad de hombres que piensan y sienten, en su cualidad de ciudadanos que tienen entre sí y con los otros las más variadas relaciones políticas, religiosas, culturales, artísticas, etc., y no solamente las materiales de la producción y reproducción,,. Pero como "la organización obrera tiene el cometido de defender las condiciones de trabajo y de existencia de los trabajadores, de conquistar mejoras y de alcanzar la emancipación del trabajo" (?), de ahí que los defensores del neutralismo sindicalista, sostengan que gracias a esa limitación de funciones económicas "permitirá a las organizaciones obreras recoger en sus filas el mayor número posible de trabajadores independientes de sus creencias y convicciones sobre otros asuntos, (¿la creencia en Dios, en la ley o en el Estado socialista?), de modo de alcanzar el máximo de "unidad proletaria" asequible".

Para el camarada Fabbri, a pesar de sostener que el sindicalismo no se basta a sí mismo, las organizaciones obreras pueden ellas, por sus propios medios, llegar a la emancipación del trabajo. En esa emancipación del asalariado, ¿no está ya contenido un propósito ideológico y revolucionario que hace del sindicalismo una teoría política? ¿O es que la clase trabajadora puede llegar a su emancipación económica independientemente de su emancipación moral o política?

Existe, quiérase o no, una contradicción entre la teoría y la táctica de ese sindicalismo que es y no es político. El camarada Luis Fabbri, cuando hace la crítica al sindicalismo, está de acuerdo con nosotros en negar a las organizaciones obreras valores ideológicos que no puede contener el hecho económico de la lucha de clases. Pero cuando determina, de acuerdo con el concepto táctico que tiene de la actividad de los anarquistas en el movimiento obrero, la obra y los fines de la organización sindical, excluye por una parte toda propaganda tendenciosa y confiere por otra a los sindicatos funciones que subordinan toda otra idea "agena" a los intereses económicos inmediatos del proletariado.

No aceptamos, de nuestra parte, esa división de actividades en el terreno económico y político: en los sindicatos obreros y en los grupos específicos de propaganda. Si el sindicalismo no se basta a sí mismo — porque es una realidad económica trabajada en los intereses inmediatos de la clase trabajadora —, nos demuestra ese hecho la necesidad de llevar nuestras ideas a los sindicatos creando un movimiento obrero coordinante con nuestras ideas. Y unicamente así la organización obrera podrá realizar esa emancipación del trabajo que Fabbri espera de los sindicatos creados sobre la base de toda independencia doctrinaria.

La realidad nos demuestra que no existe tal neutralismo sindicalista. Las organizaciones obreras, a pesar del móvil económico que las inspira, son el reflejo de ideas políticas concordantes con la opinión que prevalece en su seno. Por eso hay sindicatos reformistas y revolucionarios, rojos y blancos, social-demócratas y social-cristianos, que realizan, más que un propósito económico exclusivo, aspiraciones políticas que responden a la ideología de determinada fracción política.

Si esa es la realidad del movimiento obrero internacional ¿a qué empeñarse en mantener una unidad de clase que en realidad no existe ni puede existir? Para nosotros, lo que importa no es soldar en una unidad homogénea los pedazos del movimiento obrero — hecho que fortificaría aquello de que el sindicalismo se basta a sí mismo y es una doctrina independiente de toda influencia marxista o anarquista —, sino más bien tratar de constituir una unidad ideológica que determine nuestras actividades en la organización del trabajo. Frente al sindicalismo neutro, socialista o comunista autoritario, debemos levantar nuestro sindicalismo: el sindicalismo anarquista. Y así, únicamente así, dejarán los anarquistas de ser extraños a los grandes movimientos impulsados por los jefes políticos y sindicales del marxismo.

Emilio LOPEZ ARANGO

ACCION REVOLUCIONARIA

(Única autorizada por el superior gobierno de Moscú); ¡Uf, que miedo!!

- NOTAS -

Diarismo

La prensa porteña, es clásico ya, no sirve a otros intereses que los de la burguesía y del Estado. Y no hay excepciones — haciendo la previa separación del calificativo "prensa porteña" de los periódicos obreros y revolucionarios — pues la prensa que se vocea mañana y tarde está cortada sobre el mismo patrón: todos son órganos mercantilistas, serviles instrumentos de la casta que paga y manda. Y aunque hay los que buscan el centavo de los trabajadores y llevan su página de "movimiento obrero", es solamente el centavo ganado con el sudor lo que les interesa. Para convencerse de esto basta consultar las páginas restantes: en todas ellas campea un espíritu cerradamente burgués. Las funciones policiales son coreadas y loadas por el diarismo porteño. Solo cuando esas funciones se hacen repudiables al sentimiento público la prensa atempera sus elogios: guarda silencio, porque conoce la "filosofía" de Sancho, que el buen callar engorda el mondongo. Y la profesión de periodista en Buenos Aires es, ante todo, una cuestión de tocinos. Profesión de cerdos, que no es para recomendar.

Está bien servida, pues, la burguesía argentina. Tiene todo lo que precisa: una policía salvaje, un proletariado que duerme como la marmota y una prensa encanallada en el más grosero materialismo.

La reacción es universal

Anarquistas siempre, no hemos de hacer distingos en nuestra lucha contra los elementos de reacción que surgen ora en la Argentina, ora en Italia, ora en Estados Unidos o en Rusia, para combatir a nuestro movimiento. Convencidos estamos que la "Liga Patriótica", el "fascismo", la "tcheka" lo mismo que el "ku-klux-klan" y otras corporaciones reaccionarias que han aparecido en los últimos tiempos al amparo del capitalismo universal, no son más que una sola cosa real: instrumentos del capitalismo y el Estado lanzados contra las avanzadas del proletariado revolucionario.

No sería muy airoso el papel de los anarquistas especializándose con una de esas formas de reacción y desentendiéndose de las que operan en el resto del mundo. Se estaría en el caso de los agentes moscovitas en la Argentina, que aparentan luchar contra el fascismo italiano encubriendo así la acción criminal del fascismo que opera en Rusia. Y los anarquistas no deben prestarse a ese juego infame.

El fascismo se ha universalizado y el anarquismo debe luchar contra la reacción universal. Su batalla se libra sobre todo el plano de la tierra, que en todos los países el proletariado — las huestes de la producción — se hallan igualmente oprimidas y bajo la zarpa de los instrumentos del capitalismo.

Cuando con subterfugios se nos quiere hacer participar en escaramuzas localistas, que solo tienen el objeto de ocultar una complicidad criminal con la tiranía que opera en otro punto de la tierra, los anarquistas debemos demostrar que repudiamos esas luchas ratoniles y que es de oportunistas encararse solo con el fascismo italiano cuando la reacción es universal.

"Dignamente"

Los socialistas en su constante tragin por la manduca parlamentaria y comunal se han aburguesado tanto que ya ni ellos mismos se reconocen. El ambiente de los comederos gubernativos les ha sido fatal a estos ex revolucionarios y hoy ya no reparan que usan las mismas prácticas, incurren en los mismos vicios y defectos que los demás pillos refugiados en los pesebres del privilegio. Hasta cometen los mismos atentados al idioma que los más recalcitrantes sostenedores del régimen social presente.

Veamos un ejemplo. En el diario socialista local, una crónica de los actos realizados el 1º de mayo en Necochea, comenzaba de esta suerte:

"Por primera vez se celebró en ésta dignamente la fiesta de los trabajadores".

Estamos de acuerdo en que los socialistas, así como los demás elementos de la burguesía, hayan transgredido el significado de la trágica fecha proletaria; estamos de acuerdo también (somos tolerantes y además libertarios) en que celebren su *fiesta* cuando los obreros honestos paran sus faenas para protestar contra la iniquidad imperante; hasta estamos de acuerdo que besen sus cadenas y bendigan a sus verdugos si así les place. Pero no vamos a silenciar ese atentado al idioma.

Dignamente, ningún obrero puede festejar el primero de mayo; pues quien lo hace incurre en la mayor de las indignidades. Entregarse al holgorio sobre los restos humeantes de sus hermanos masacrados por la injusticia social, no es, ni será jamás actitud de obreros dignos. Que lo hagan los burgueses, los políticos y demás puntales de la casta dominante, es propio; son los enemigos de la clase productora y están en su papel.

La *dignidad* socialista, en este caso, consiste en no tener la más leve noción de sentimiento solidario para con los que han caído en la lucha cruenta por la redención de la humanidad.

EL MÉCODO REVOLUCIONARIO

Muchos caen en el error de creer que no exista otro modo de ser revolucionario, de preparar la revolución, fuera del de prepararse materialmente a la lucha para el conflicto final en el que serán removidas las bases de la sociedad burguesa, o también el de chocar obstinada y deliberadamente, con actos de revuelta, individuales o colectivos, contra el actual orden legal, — creyendo que éste es el único modo práctico de agitación y de lucha.

Es muy cierto que lo uno no debe ser descuidado y lo otro puede ser útilmente actuado en más de una circunstancia; pero se trata de formas de actividad excepcionales, de un alcance limitado, que no pueden constituir una regla de conducta duradera e igual en el tiempo y en el espacio, ni un programa normal de acción.

La preparación material para la lucha no puede ser más que la ocupación de grupos limitados de individuos; y esa tarea, agotable en un tiempo relativamente breve, no puede ser iniciada más que en momentos especiales, cuando hay una seria y realizable intención de trabar la lucha o se entrevé a breve distancia la posibilidad de situaciones revolucionarias. Recurrir a ella fuera de tiempo o de modo que la cosa deba ir muy a la larga, sería inútil, demasiado dispendioso y peligroso al mismo tiempo. En cuanto a los actos de revuelta, individuales o colectivos, que por un tiempo fueron llamados "propaganda por el hecho", dependen únicamente del arbitrio de quien los ejecuta, estallan en un instante y agotan súbitamente su función sin ligaduras determinadas y precisas con los movimientos organizados y de masas. En suma, ellos salen fuera de la normalidad, en la que sólo puede encuadrarse una acción colectiva y permanente, como la del movimiento sindical.

¿Pero acaso se puede decir por esto que es imposible ser revolucionario en la vida práctica de agitación y de lucha, aún en los tiempos normales, en el seno de las grandes organizaciones y de los más vastos movimientos de masas? No, ciertamente. Si es cierto que, momentáneamente, las organizaciones más vastas, más sólidas y más viejas tienen tendencias menos revolucionarias y más acomodaticias y reformistas, es cierto también que es siempre posible obrar en ellas, influenciarlas en sentido revolucionario. Y esta es la tarea de los organizados y organizadores animados de una fe en una idea de porvenir. Ellos, aún en la vida práctica de todos los días, en tiempo de paz, pueden desarrollar una actividad revolucionaria y dar un contenido revolucionario también a las luchas exteriormente más pacíficas del proletariado contra la burguesía.

Hay actos, formas de actividad que, aún sin salir de la órbita legal, pueden ser revolucionarios. Hacer un periódico, organizar y sostener una huelga, promover reuniones populares, demostraciones por las calles, etc., todo esto puede estar contenido en las formas más ortodoxas. Tales manifestaciones, aunque sean organizadas por revolucionarios y por anarquistas, no pasan los límites de la legalidad, no se vuelven ilegales más que en casos excepcionales; y aún en tales casos se trata de infracciones poco importantes que poco o nada concreto agregan a los resultados que se quería obtener. Y sin embargo, hay hechos de ese género que, sin violar la ley formal, sancionada en los códigos en beneficio de las clases dominantes, impresionan profundamente el espíritu; y son por eso revolucionarios.

Tan cierto es esto, que las mismas clases dominantes sienten de cuando en cuando la necesidad de violar sus mismas leyes: "para restablecer el equilibrio", dicen; es decir, para consolidar su dominación, que la lenta aunque legal infiltración de la actividad revolucionaria va removiendo desde los cimientos. Esta organización no basta, se entiende, — y al fin es indispensable el decisivo golpe de pico de la verdadera revolución — pero es necesaria y conserva todo su valor revolucionario en el período antecedente, más o menos largo, de evolución.

Es necesario, empero, no caer en el error simplista de atribuir un valor revolucionario a cada forma de actividad de clase o de partido, sólo por la etiqueta que puede tomar o simplemente por la afirmación revolucionaria del objetivo final. Hay también muchos reformistas que no niegan que la solución del problema social requiera al final el derrumbe violento de los últimos obstáculos que se oponen a la emancipación completa de la clase trabajadora; pero luego, en la vida práctica cotidiana, obran de modo de alejar la revolución y de consolidar en vez de debilitar las columnas del Capitalismo y del Estado.

El proletariado, o mejor sus fracciones revolucionarias, no son bastante fuertes para moverse y obrar fuera de las leyes, que sin embargo no reconocen. Por consiguiente, están constreñidos a sufrirlas. Pero también en ese ámbito el proletariado podría dar a su actividad una orientación eficazmente revolucionaria, esto es en oposición radical e intransigente con todas las instituciones consideradas malas e injustas. No puede, es verdad, desembarazarse de la explotación capitalista; pero en su lucha contra ésta le es siempre posible dar un carácter irreductible de negación, aún cuando lo que se proponga arrancarle es demasiado poco en parangón de su emancipación integral.

Es sobre todo en las luchas en el terreno económico que el método revolucionario puede desenvolverse, distinguiéndose del método reformista, — el cual tiende a obtener mejoramientos como en un contrato entre iguales, — mientras el primero tiende a conquistar y arrancar a los capitalistas todo lo que las fuerzas proletarias permiten, como se accionaría contra un ladrón que nos hubiese robado todos nuestros haberes.

Por eso el método revolucionario consiste sobre todo en el modo con que se hacen ciertas conquistas. Y esas conquistas tienen un valor sólo en cuanto son obtenidas de ese modo, y no después de tratativas reformistas, las cuales reconocen, en los hechos sino en las palabras, el derecho del patrón a no conceder.

El "modo" de los reformistas consiste, sí, también en la organización, tomada como punto de partida; pero luego, el camino no es el sugerido por la idea de que la clase proletaria y la clase patronal son irreductiblemente enemigas, sino el otro en el cual entre las dos clases puede haber siempre modo de arreglarse. El reformismo tiende por tanto a transformar los conflictos de clase en contratos, iguales a cualquier contrato entre comprador y vendedor

De lo que emana esta consecuencia: que el último objetivo del movimiento proletario es olvidado y se atribuye la mayor importancia a los mejoramientos inmediatos, los que precisamente por esto pierden toda importancia. Considerando desde este solo y limitado punto de vista toda disputa económica y de clase, se termina empleando todos los medios que pueden servir al objetivo inmediato: hasta los que comprometen el porvenir, hasta los que constituyen un obstáculo para las conquistas futuras.

La Rusia Contemporánea

(*Conclusión*)

V

ALGUNAS "LIBERTADES"

Nos quedan por decir algunas palabras sobre las diferentes "libertades" de que se enorgullecen las democracias occidentales: la libertad de palabra, la libertad de pensamiento. Ciertamente, sabemos muy bien que estas libertades son, en el mejor de los casos, falsificaciones democráticas: son siempre libertades relativas. En Rusia estamos más definidos: nos hemos desembarazado en este país de esos compromisos, de esas medidas incompletas, de esas reformas... no hay rastro de libertad de palabra, de libertad de prensa ni de libertad de pensamiento en Rusia.

El sistema del monopolio de Estado ha englobado no solo la producción y la distribución de las materias primas necesarias para la vida, sino también la producción y la distribución de las necesidades espirituales e intelectuales de la vida. Mientras que la nueva política económica ha introducido un cierto alivio por el aflojamiento del lazo sofocador del monopolio de Estado sobre las necesidades materiales de la vida, esa nueva política económica no ha extendido su eficiencia sobre las necesidades espirituales e intelectuales, si se exceptúa la introducción de una serie de sucedáneos ilusorios.

La libertad de palabra por ejemplo. Es imposible hasta aquí, a un grupo cualquiera de revolucionarios, sean anarquistas, sindicalistas o de otra tendencia socialista, alquilar un salón para una conferencia; todos los salones están bajo el control del soviet municipal, y tan pronto como llenáis los formularios necesarios para la obtención del local, podéis estar seguros de una negativa categórica.

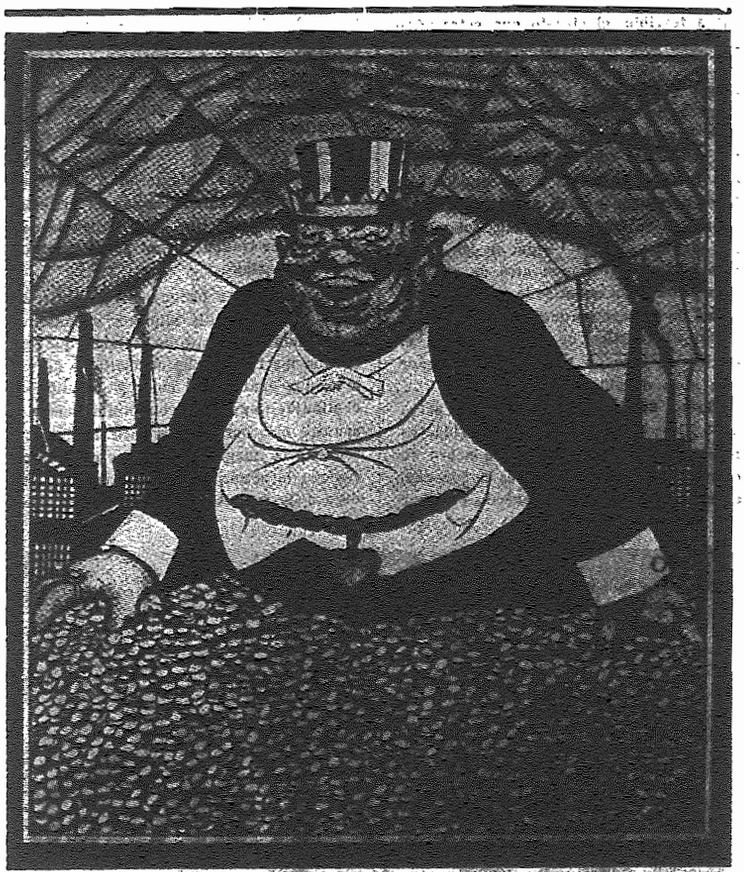
Por otro lado, el sucedáneo inocente de la libertad bajo la forma de conferencias sobre arte, sobre la filosofía abstracta, sobre los problemas sexuales, de procesos-representaciones, de prostitutas, etc., florecen y dan la impresión de una libertad completa de expresión que es admirada por los visitantes comunistas que llegan del extranjero. Todos los que van a Moscú por un corto lapso de tiempo, vuelven entusiasmados por las amplias libertades de palabra que tuvieron ocasión de ver durante su visita. Pero eran incapaces de hallar una conferencia o una reunión dirigida por revolucionarios. Había aún, antes, posibilidad de hablar y de discutir en los pocos clubs anarquistas que existían. Pero desde la destrucción completa de las actividades anarquistas y anarco-sindicalistas, destrucción que llegó también, naturalmente, a los clubs, *no hay absolutamente ninguna posibilidad de hacerse oír.*

En las reuniones convocadas por los sindicatos o por el partido dirigente, los exponentes, aún los más pacíficos y benevolentes, del anarquismo no reciben el derecho de participar en los debates y si, por accidente, un camarada obtiene la ocasión de decir algunas palabras, es pronto denunciado a las autoridades por los mil y un funcionarios que pululan en estas reuniones y que a sus funciones oficiales añaden las mucho más lucrativas de agentes de la Tcheka.

La libertad de prensa está en un estado todavía más lamentable. Mientras que el sucedáneo de la libertad de palabra existe bajo la forma de conferencias cubistas y de inocentes debates filosóficos, los reglamentos severos que pesan sobre la prensa hacen imposibles para ella esas especies de sucedáneos. A menudo las mismas publicaciones oficiales, editadas por las oficinas del gobierno y que llevan el visto bueno oficial de la censura son subsiguientemente confiscadas cobre la santa bendición de esos departamentos de Estado y borra a diestro y siniestro, sin razón, sin lógica y sin sentido común.

Pero no es solamente la libertad de publicación la que no existe en Rusia; *la libertad de leer no existe tampoco;* como no hay prensa en Rusia más que la prensa oficial, gran número de ciudadanos ingenuos se vuelven hacia Europa por su aliento espiritual. Pero por un decreto del gobierno soviético, el que desea recibir libros o periódicos del extranjero debe, primero, recibir el permiso de una comisión extraordinaria creada para este fin y enviar su nombre y dirección a la Tcheka. Y con el fin de detener toda la literatura que podría entrar ilegalmente del extranjero por sobre la cabeza de esa comisión, son asociados censores especiales a las oficinas de correo de Moscú y de Petrogrado que, aparte de su práctica del arte de hacer desaparecer las cartas, lo que es un fenómeno regular en Rusia, tienen por misión apoderarse de todo libro o periódico "contrarrevolucionario" enviado desde el extranjero a una dirección no autorizada.

¡Estos censores, — la mayor parte de ellos fanáticos analfabetos, y a menudo literalmente imbéciles, — abundan en los departamentos de la educación y de la censura de la Rusia de los soviets!



El capital

mo "heréticas" y "subversivas", y todo el tiraje es destruído.

Por lo que concierne a la propaganda revolucionaria, por el libro o el folleto, sus posibilidades quedaron reducidas a un número imperceptible. La historia de "Golos Truda" está llena de estas dificultades: la *Historia de las Bolsas del Trabajo* de Pelloutier está prohibida; lo mismo *El estatismo y la anarquía*, de Bakunin; y de igual modo el folleto de Oerter sobre el sindicalismo, porque "podría ser fácilmente comprado por los obreros"; el libro de nuestro camarada Borovoy sobre Dostoyevsky ha sido tachado por el censor, que veía en cada línea fantasmas antibolcheviquis, por la única razón, probablemente, de que el autor del libro es anarquista. Una tentativa de publicar un pequeño boletín biográfico ha sido frustrada por la censura. La censura debe sancionar no solo la publicación de libros, sino también la de revistas, de periódicos, de manifiestos, de carteles, de anuncios... en una palabra, de todo lo que es imprimible.

La única prensa permitida es la que tiene la sanción oficial del Estado. Trátese de medicina o de filosofía, de literatura o de bellas artes, de política o de ciencia, la bendición del Departamento interesado del Estado es indispensable antes que la obra sea publicada. Después viene el gran inquisidor, el censor que, con su lápiz azul en la mano, pasa a menudo so-

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Nos queda por investigar aún sobre la última libertad en Rusia, la libertad de pensamiento.

Los lectores podrían creer que exajero o que falsifico los hechos al pintar con colores tan sombríos la situación actual de Rusia. No puedo más que afirmar que las impresiones que he tratado de transmitir al lector no son las impresiones de un turista, sino que se basan en hechos que he vivido yo mismo y sobre la experiencia ganada por una participación en la vida cotidiana del país desde el primer día de la revolución. Y si hablo ahora de la ausencia de la libertad de pensamiento, esto significa exactamente que se está forzado en Rusia, — al menos exteriormente, — a pensar como piensa el Estado, o por lo menos a *obrar* como si se pensase en la misma dirección que el Estado.

Así estáis obligados a pensar que sois partidarios de la revolución como el Partido Comunista se la imagina; y si no existe todavía método científico que pueda descubrir el pensamiento ageno, se os hace obrar como si hubiéseis sido determinados por ese pensamiento. ¿Aceptáis la revolución y sus desenvolvimientos? ¿Subscribís ciegamente todo lo que pasó en Rusia? ¿Sois dichoso al pensar que han pasado ya cinco años de actividades revolucionarias desde el 7 de noviembre de 1817 y que esos años deben ser celebrados con entusiasmo?

Podéis no estar completamente de acuerdo con eso, — pero el gobierno tomará sus medidas para que cada ciudadano, por un signo exterior cualquiera, demuestre que piensa y siente como él.

He aquí la orden publicada por el soviet de Moscú sobre las festividades en honor del quinto aniversario de la revolución de noviembre. He aquí la traducción fiel y completa del documento:

Orden obligatoria de la presidencia del soviet de los obreros y campesinos de Moscú, 19 de octubre de 1922. (Publicada en las *Izvestia* del Departamento administrativo del soviet de Moscú con fecha del 27 de octubre de 1822, Número 115). Concerniente al enarbolamiento de las banderas de la R. S. F. R. durante las fiestas proletarias:

"1—Todas las administraciones de las casas están obligadas, los días fijados por el poder de los soviets para la celebración de los acontecimientos revolucionarios y los de fiestas proletarias, a decorar sus casas con las banderas de la R. S. F. S. R. de color rojo. La longitud de la tela no debe ser menor de una arquina y media y la del asta no menor de dos arquinas.

"2—Las banderas deben ser enarboladas sobre las puertas de las casas o fijadas a los muros exteriores de las mismas pero de modo que no impidan la circulación de los transeuntes.

"3—Esta orden debe ser puesta en ejecución por el Departamento administrativo del soviet de Moscú.

"4—Los representantes responsables de las administraciones de las casas, culpables de infracción a esta orden serán condenados a una multa que no exceda de 10.000 rublos (Emisión de 1922, es decir cien millones de rublos de antes de 1922), o al trabajo obligatorio por un período que no exceda de dos semanas". Firmado: Presidente del soviet de Moscú. *Durante las festividades que se aproximan* (el quinto aniversario de la revolución de noviembre de 1917) *las banderas deberán ser enarboladas a lo más tarde a las seis pasado meridiano, noviembre 6, y en cada fachada*".

Yo tuve el honor excepcional de ser expulsado de Rusia en esa misma hora, — a las 6, noviembre 6 de 1922 —, pero supongo que toda la ciudad,—todo el país, — fué reglamentariamente embanderado con las banderas y las astas de la longitud oficial... y que muy pocos se arriesgaron al trabajo obligatorio como compensación por atreverse a pensar de otro modo...

¿Son aún necesarios los comentarios sobre la libertad de pensamiento en Rusia?

He aquí esbozado apresuradamente y con concisión lo que he visto en Moscú durante la quincena de días que tuve libertad de movimiento a mi regreso a Moscú y durante los seis días de gracia que obtuve de la Tcheka para arreglar mis asuntos privados antes de partir para el destierro.

Pasé la frontera de la Rusia de los soviets el 6 de noviembre de 1922 — día del gran aniversario de 1917, cuando todos nuestros corazones latieron al unísono y aclamaron el advenimiento de la emancipación del trabajo.

Pero este día no llegó aún para Rusia. La lucha por la emancipación de la clase obrera está todavía por emprender. Y en lugar de la nueva política económica, — viejos enemigos bajo casi las mismas máscaras, — preparémonos más bien a una nueva revolución que barra el charlatanismo y el fraude políticos y que instale el trabajo en sus plenos derechos.

A. SCHAPIRO

Marzo de 1923.

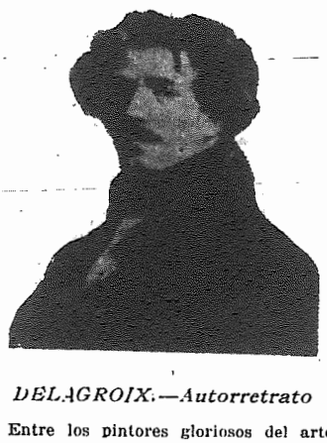
Es la política de Jacob, que por un plato de lentejas vende la primogenitura; y toda la filosofía de esta política parece estar encerrada en el chato, cómodo y perezoso dicho popular: "mejor un huevo hoy que una gallina mañana".

El método revolucionario consiste, en cambio, en no renunciar a nada del futuro, aún tomando todo lo que es posible en el presente, y guardándose bien de comprometer las conquistas del mañana en cambio de las miseras aunque no despreciables conquistas actuales.

Luigi Fabbri

PAGINA DE ARTE

EUGENIO DELACROIX



DELAGROIX.—Autorretrato

Entre los pintores gloriosos del arte francés, Delacroix es de los que sufrieron más las injurias y las burlas de los artistas, de los críticos y del público. Contra él se unieron los pintores sin talento, sin fé y sin amor, que buscaban la *inspiración* en los estilos caducos, discípulos bastardos de los pocos grandes maestros clásicos que habían pretendido subyugar a la escuela francesa. Contra él se desencadenaron los furores de los críticos de arte que, salvo pocas excepciones, han dado en todos los tiempos prueba de pedantería y de ignorancia.

Actualmente, el público que visita los salones y que se digna interesarse por el arte, constituye, por el número, una masa más imponente que el público que rectificaba los juicios de los doctos críticos de la época de Delacroix. Pero, como siempre, el público es frívolo y marcha detrás de juicios hechos. Quiere leer en los diarios y revistas la crítica detallada que le dispense el pensar por su propia cuenta. Incapaz de discernir el mérito de un artista por su propia cuenta, se jacta sin embargo de emitir un juicio sobre todas las obras. Hace, en los artículos literarios de críticos de fama, una provisión amplia de lugares comunes de estética, que emplea con infinito placer siempre que la ocasión se le presenta. Utiliza también la jerga especial toda vez que los *astrónomos* de la prensa artística descubren la aparición de una nueva estrella.

¡Y en el cielo del arte, cuántas estrellas fugaces no aparecen! En consecuencia, ¡qué de comentarios, qué de opiniones que terminan por carecer de originalidad y de imprevisto!

Hace un siglo, el mercado artístico no estaba en estas condiciones. El industrialismo de los pintores y de la crítica no estaba tan desarrollado. Los especialistas de renombre no fabricaban anualmente sino un reducido número de discípulos. Más, los jóvenes que se entregaban al arte, fuesen mediocres o con aptitudes, no se atrevían sin inquietudes a penetrar en los severos recintos de un maestro, donde una disciplina de hierro curvaba sobre la misma labor al bueno como al malo, al audaz como al timorato. Los que repugnaban ese estudio embrutecedor, los que no podían refrenar el impulso de su imaginación, ni conservar aprisionado por más tiempo el tesoro que desbordaba de su cerebro y de su corazón, caían bajo la inquina del profesor. Los rebeldes, disgustados, huían de la Academia, se libertaban. Pero fuera los esperaba la lucha terrible, el círculo que estrechándose año tras año, terminaba por ahogarlos, más fuertemente que la Academia ahoga a los pobres caballeros de la Quimera y del Ideal.

Se cuenta con dos dedos a los que como Delacrix, continuamente vilipendiados por los imbéciles y los impotentes, incomprendidos o casi, por la *élite* intelectual de su época, sostenidos solamente por algunos amigos — que en las horas más gloriosas tienen el aire de atender a un enfermo, a quien se le oculta la gravedad de su caso porque no quieren creer en el diagnóstico de ese charlatán, el crítico de arte — han podido imponer una obra durable.

¡Triste destino el de los grandes artistas! Desconocidos durante su vida, es necesario que el tiempo pase sobre su obra, que varias generaciones se sucedan, antes que la Fama les conceda el lugar al cual tienen derecho. Es la historia de ayer, de hoy, lo será del mañana y no concluirá probablemente sino con la humanidad. Son estas verdades banales, a fuerza de ser repetidas en todos los tonos, por todos los escritores — buenos y malos — a propósito de los más injustamente desconocidos como de los más justamente olvidados.

Fué en el Salón del 1822, en una época de pleno clasicismo, que fué expuesta la primera obra importante de Delacroix, *Dante y Virgilio conducidos por Plegias atravesando el lago que rodea la ciudad infernal de Dité*. Esta pintura no desconcertó demasiado al público, la crítica la acogió friamente.

DELACROIX.—La libertad guiando al pueblo

Delacroix tenía entonces 24 años. Tenía ya la maestría que expone a los innovadores a la cólera de los envidiosos y de los mediocres. Sin posar de revolucionario, respetuoso como era de la tradición, las cualidades brillantes y personales que aportaba hacían resaltar con tal fuerza la frialdad y la banalidad de las telas de la Academia, que todos los admiradores del "bello ideal" iban a precipitarse contra un hombre que rehusaba desde el comienzo recorrer los senderos trillados y architrillados por los seguidores de David. Las leyendas imbéciles y las acusaciones perversas acumuladas por los pontífices y sub-pontífices del gran arte subsisten aún.

Las obras que siguieron a *Dante y Virgilio* fueron saludadas con la gritería de los "idealistas" que se avocaban la defensa de la tradición contra las "hordas revolucionarias".

Delacroix, para la mayoría de sus contemporáneos no fué sino un enchastrador demente, sediento de reclame, que ignoraba las reglas más elementales de su arte, que exaltaba el color y descuidaba el dibujo; que elegía con preferencia los asuntos más horroríficos para herir fuertemente la imaginación de los espectadores con la ayuda de medios groseros, indignos de un artista verdadero. Su temperamento le hacía encontrar normales las peores exageraciones. Sus personajes eran grotescos, deformes. Ese revolucionario borracho era el portaestandarte de los locos furiosos, de los románticos, que sembraban a su paso el terror y la pesadilla...

Cuidadosamente conservadas por enemigos implacables, esas inepcias contribuyeron a hacer de Delacroix — el pintor más bien dotado de la época — "no un revolucionario sino un rebelde" como él mismo decía. Los epítetos malsonantes, las injurias que contemporáneos groseros le dirigieron durante un período de más de cuarenta años sirvieron para abrumar también a Victor Hugo. Dos genios poderosos, cuyo aporte colosal renovó la literatura y la pintura francesas profundamente, fueron confundidos en la misma reprobación.

Delacroix salió del Liceo hacia el 1816 y entró en el taller de Guerin. Pero la enseñanza del ilustre profesor no pudo disciplinar la fogosidad del debutante. Del 1816 al 1822, se obstina en vano por ganar la confianza del maestro glacial y ponderado; acumulaba croquis, estudios, ejecutaba litografías, caricaturas políticas, busca penosamente su camino sostenido por una voluntad inquebrantable. Estudia lo antiguo, copia las telas de los grandes pintores, que la Academia, a pesar de sus pretensiones no ha comprendido nunca.

Entonces conoció a Gericault; ya estaba en plena posesión de sus facultades maestras. La obra principal de ese innovador audaz: *La balsa de Medusa*, anunciaba la grandeza del período que iba a abrirse. Como si hubiese presentido su próxima muerte — murió a los 37 años — ese joven de genio había ,a pesar de la más horible miseria, arrojado las disciplinas embrutecedoras, derrumbando las columnas del Templo clásico y expresado en su obra la salvaje robustez de un arte renovado, vivificado por la emoción, sin la cual no es posible una obra durable.

En el 1824 Gericault moría en la miseria desconocido o casi.

El romanticismo nació en él y su arte influyó en el carácter de la literatura y del arte de toda una época.

Otro artista que influyó en Delacroix fué Gros, cuyos grandes cuadros de historia rompían violentamente, por las cualidades de composición, la fuerza del colorido y la intensidad del sentimiento. con las banalidades convencionales y frías del género clásico llamado histórico. Gros era un romántico a pesar suyo. La influencia de David no pudo matar en él la extraordinaria sensibilidad.

Delacroix tuvo la suerte, en su adolescencia, de admirar obras de Gros que impresionaron vivamente su imaginación.

Prud'hon, Gros y Gerault eran los anunciadores de la tempestad romántica. Delacroix admiraba sinceramente a los grandes maestros y no pensó jamás establecer una nueva estética. Pero llevado por su temperamento impulsivo prefería a los maestros del movimiento, del color y de las pasiones tumultuosas. Estaba más cerca de Miguel Angel, de Rubens, Rembrandt, Prud'hon, Gros, Gericault, que de Rafael, Leonardo o David.

Después del *Dante y Virgilio* continúa una serie no interrumpida de obras maestras, cuyo arte viviente, vibrante de grandeza trágica, hace de ellas las más puras joyas del arte francés del siglo diecinueve. Con Delacroix el romanticismo explende con su luz más brillante, magnifica la Realidad y el Sueño, exalta furiosamente las sensaciones, persigue sin descanso conquistas en dominios hasta entonces inexplorados, saca de las formas y colores los efectos más imprevistos, más variados; reviste las ideas con las suntuosidades más ricas que la imaginación pueda concebir. Posee todas las sutilezas y matices, y son en la contextura de su obra lo que los vitraux y las puntillas de piedra son en el armazón formidable de las catedrales.

DELACROIX.—Mujeres de Alger

La obra de Delacroix es enorme, impresionante, prodigiosamente compleja. No se cansa de admirar su inagotable fecundidad de genio, que nada, ni la miseria ni las trabas de todo orden pudieron debilitar.

A pesar de su débil constitución, el artista se constreñía a una labor de titán. Y fué gracias a esa labor incesante que adquirió esa maestría excepcional, sorprendente, que le permitió dominar los movimientos, las expresiones más fugitivas, los juegos de luz y sombra de sus composiciones más escrupulosas.

Aunque casi todos los contemporáneos de Delacroix han pretendido lo contrario, el artista fué no solamente el más gran pintor de su época sino también su más grande dibujante. Sus dibujos tienen una libertad, una fogosidad que asusta todavía hoy a los amantes de chatas caligrafías. Todavía hoy, como ayer, se le opone a Ingres. Críticos que no han comprendido ni a Ingres ni a Delacroix, deploran que el dibujo de este último sea tan distinto al del maestro rafaelista. Es como si reprocháramos a Rembrandt de no ser Rafael.

Lo que demuestra la superioridad de los grandes coloristas sobre los dibujantes meticulosos de la Academia, es que su dibujo se renueva constantemente en contacto con la naturaleza, mientras que el de los otros permanece siempre banal y frío. Con este dibujo convencional y estrecho Delacroix no tenía nada que hacer. El suyo es viviente. La pasión alienta al menor gesto, vivifica la menor línea de sus obras. Delacroix decía: "Después de mi muerte se verá si sé dibujar y si improviso". Hoy su obra tiene en los museos el lugar que merece. Los odios se han calmado. Los comentarios estúpidos van acallándose, lentamente...

Todos los artistas notables posteriores — Courbet, Manet, Millet, Daumier, Monet, Renoir y Cezanne — derivan más o menos directamente de él. Nació en el 1798 y murió en el 1863.

M. ROBIN

IDEAS DE RENOIR SOBRE ARTE (1)

El ideal de un pintor debe ser el *metier*, que solamente por la tradición puede adquirirse.

No tenemos desgraciadamente ningún documento capaz de aclararnos sobre los procedimientos de los pintores de Pompeya; ni siquiera sabemos cómo preparaban sus muros. Gracias al libro de Cennino Cennini tenemos por lo menos un documento auténtico sobre los pintores del siglo XV. Todos los artistas comprenderán el valor de un tratado de aquellos tiempos que no es solamente la obra de un hombre, sino la pintura de una de las épocas más gloriosas del arte cristiano.

Es verdad que allí están los Museos y que ver un buen cuadro vale mucho más para un pintor, que cualquier escrito. Es por las obras de los hombres que se tiene la idea más exacta posible de la vida de un pueblo; la historia cada cual la cuenta a su modo, en cambio la obra da la nota justa: el Arte de los Griegos, de los Romanos, el arte Cristiano, nos dicen mucho más que cualquier escrito. Es por los fragmentos que nos quedan del siglo de Pericles que podemos decir que los atenienses eran un pueblo feliz. Son también los Museos los que nos enseñan que en la época del Giotto se conocía la felicidad.

Cuando se admira mucho a esas obras maestras se quisiera tener una idea de la manera de sus autores. El libro de Cennino Cennini nos hace penetrar en la vida de esos artistas incomparables.

Si yo hubiese conocido antes ese libro ¡cuántas estupideces no me hubiese evitado! Más felices que yo serán los jóvenes pintores. Cuántas lecciones saludables podrán sacar de este libro único, que es al mismo tiempo un libro de arte y un libro de moral. Vemos en esta obra lo que debe ser la Biblia del taller, la vida simple de esos artistas, que procuraban ser únicamente buenos obreros, fabricándose sus pinceles, preparando sus tablas, en una palabra, haciendo toda la "cocina" del arte ellos mismos.

Como no tenían vanidad, su ambición no era la de tener genio; tampoco deseaban la personalidad. Se contentaban con seguir las lecciones del maestro, sin ninguna idea de alejarse de ellas. Tenían la suerte (¡hombres dichosos!) de no ser turbados por treinta y seis maneras de pintar; en aquella época no había sino una, pero era la buena, y es el por qué nosotros podemos, después de muchos siglos, admirarlos en todo su esplendor, en la belleza de su dibujo y de sus colores.

Tengo pasión por los maestros antiguos; amo la vida que llevaban en sus pequeñas ciudades. No ganaban dinero, ni se cuidaban de ello. Su placer único era el de hacer un oficio noble. Los pintores de esa época tenían, naturalmente, sus defectos — felizmente para ellos — pero, viendo sus obras que han atravesado los siglos, conservando tanta frescura, no se les encuentra sino cualidades de candor y de virginidad. Esas obras que desearíamos tocar con los dedos, como a los bellos mármoles; esas pastas maravillosas, ese trabajo divino, me llena de placer. ¡Ah! ellos no eran, no, revolucionarios, lo cual no les impedía tener genio. Hoy en día nosotros tenemos genio, pero lo cierto es que nosotros no sabemos más dibujar una mano y que ignoramos todo nuestro oficio. Y ellos es gracias a su oficio que llegaron a tener esa materia maravillosa y esos colores límpidos de los cuales nosotros buscamos en vano los secretos. Y me temo que no nos los harán conocer tampoco las nuevas teorías.

Pero si el *metier* es la base y la solidez del arte, no lo es todo. Hay otra cosa en el arte antiguo que hace tan bellas sus producciones, y es esa serenidad que permite mirarlas sin cansarse y que nos da la idea de una obra eterna.

Esta serenidad ellos la tenían no solamente con su vida simple y tranquila sino y sobre todo por su fe.

Entonces, además de su belleza, sus obras tienen ese aspecto de dulce serenidad, ese encanto profundo que las hace inmortales.

Un pueblo no vale sino por sus obreros y por su religión. Si Grecia irradia todavía sobre el mundo, es a sus obreros que lo debe, mucho más que a sus batallas, en general más desastrosas que fecundas.

Por su religión plena de imágenes ella tuvo sus poetas; los escultores quisieron en el mármol eternizar sus dioses magníficos y el pintor fijarlos en el muro con colores. Creó a Júpiter, rey de los Dioses, símbolo del poder; creó a Apolo, a la sabia Minerva, en fin, creó al dios del Amor, éste sí, realmente eterno.

En su sabiduría, su religión quiso ser simplemente la religión del placer, del Amor y de la belleza; y es por esto que Grecia se ha creado tantos enemigos, pero también por eso es eterna. Los Romanos no pudieron destruirla ni los emperadores cristianos tampoco.

Francia, hija de Grecia, debe también su fortuna y su gloria a sus obreros y a su religión. ¿Cómo olvidar a los monjes que se hicieron arquitectos, albañiles, escultores, pintores; que trabajaron los metales y las tierras, para edificar ellos mismos sus monasterios, sus templos y sus catedrales enormes, con esos campanarios que parecen tocar el cielo; que hicieron puntillas con la piedra y el hierro, y todo esto sin dinero, no pidiendo sino muros para ornamentar, una frugal comida y el abrigo del claustro? Ante esos monumentos tan grandiosos, uno se pregunta como hicieron esas gentes para crear tantas bellas cosas; se sabe, ellos tenían fe.

Cuando Francia, fatigada del arte gótico, sintió la necesidad de un Renacimiento, tuvimos nosotros también nuestro Júpiter salvador; fué Francisco Io y como su antepasado fué también esclavo del amor.

El hizo revivir en Francia la alegría y el amor, y en consecuencia, el arte, hijo del amor. Llama así al Olimpo y a la Escuela Italiana; protege a Rabelais, y cuando tuvo la suprema gloria de morir por el amor, su obra estaba hecha, y fué durante siglos una lucha a quien tendría más gusto y fantasía; los castillos surgen, los bronces, las cerámicas, las tapicerías dan la idea de un trabajo de hadas; el mundo quiso cooperar con la tierra, la madera, el hierro, la lana y el mármol a la riqueza de Francia. Todo ha sido bello hasta el fin del siglo XVIII; es necesario ver los albums del Museo del Trocadero, para darnos una idea de la fuerza de esos artistas, de la firmeza de su dibujo en los más pequeños detalles, hasta en un llamador de puerta, hasta en un cerrojo.

Lamento no ser poeta para cantar a todos los que han imaginado todos estos estilos que han salido como de un cuerno de la abundancia, me refiero a los obreros que han de hecho de Francia la primera nación del mundo; esos obreros llenos de fineza y de fantasía, que amaban su oficio sobre todo, no existen más. Eran iguales a dioses mitológicos, se han vuelto feos como víboras y sapos. He aquí lo que ha hecho de ese pueblo tan alegre y artista la revolución del 93.

¿De dónde proviene esa brusca detención? Un obrero ebanista me lo ha explicado sin darse cuenta: "Yo, señor, hace treinta años que no hago otra cosa sino patas de silla, otro hace los respaldos, otros arman; pero ninguno de nosotros es capaz de hacer una silla entera. (2)

¡He aquí todo el secreto! No pudiendo gozar de su trabajo, el obrero ha perdido toda especie de gusto. Se ha abolido la esclavitud, esa pesadilla, pero se ha creado la fábrica. No existe más el esclavo alegre y sin cuidados, pero existe el forzado que revienta delante de una máquina que lo embrutece y lo mata lentamente. El forjaba el hierro, hacía su vaso, su mueble, sabía trabajar la madera, la piedra y el mármol. Hoy se ha transformado en el hombre desgraciado que trabaja únicamente para vivir, cuyo seso atiborrado, para colmo, con una enormidad de ideas agenas a su ocupación y por encima de todo esto el horror del taller donde no se oye jamás reir ni cantar, en fin, el obrero ha sido asesinado por el progreso y la ciencia.

¿Dónde está la fuerza capaz de encauzar este torrente que nos sumerge? Esta locura es una locura general; nadie puede detenerla y, sin embargo, la felicidad no puede volver sino con el trabajo, pero el trabajo que da la felicidad; el trabajo lento de la mano. El es el úni

DELACROIX.—La caza del Tigre

co que da a las obras la vida y la alegría.

¿Veremos el retorno a la tradición... Esperémoslo, sin creer en ello demasiado. Después de ese viento de la Revolución que todo lo ha secado, no tenemos mas ceramistas, ni ebanistas, ni fundidores, ni arquitectos, ni escultores; por fortuna han llegado pintores que son como granos echados en un campo abandonado, pero que germinan a pesar de todo.

¿Que nunca, sin embargo, se ha protegido tanto al arte? Es muy bonito querer proteger al arte, pero inútil. El existe o no existe, pero no se explica mucho. Felices los pueblos a los cuales visita. Cuando llama a vuestra puerta, el aporta la dicha, consuela, es el amor y la alegría. Visita igualmente al palacio y a la choza, la soberbia catedral y la humilde iglesia. Es de lana y de seda, sale del tronco de un árbol como del más bello mármol. No pide sino una cosa: que se lo ame por encima de todo, de las riquezas y de los hombres. Se complace sobre todo con el que lo ignora; como el Amor a los ojos de Psiquis, ama permanecer secreto. Pero como las plantas salvajes, arraiga donde quiere, y cuando deja un país nada puede volverlo...

Créese saber mucho cuando se ha aprendido que las oposiciones del amarillo y del azul provocan las sombras violetas, pero cuando no se sabe sino eso, se ignora todo aún. Hay en la pintura algo más, que es lo esencial y que no puede explicarse...

Se llega anté la naturaleza con teorías y la naturaleza las destruye completamente. Todas nuestras ideas son la misma miseria, la naturaleza es la riqueza infinita...

Un día, en el campo, en los alrededores de Alger, ví venir a lo lejos, montado sobre un asno, un árabe cubierto de vestiduras de riqueza fabulosa; se acerca y era un simple mendigo, pero al sol sus harapos se transformaban en los tejidos más preciosos.

En la naturaleza la pobreza no existe, la naturaleza es la igualdad. Bajo el sol, la choza leprosa es un palacio de las Mil y una Noches y el rey más grande no se diferencia del último de los mendigos.

Las teorías en el arte son útiles para perezosos, malos útiles. Para hacer algo, hay que tomarse la pena. Yo quise descifrar el aceite que pongo en mis colores para no buscar otra vez. Y bien: no pude hacerlo. Tengo que ponerlo a mi juicio a cada pincelada...

RENOIR

---

(1) *Renoir es uno de los grandes pintores franceses. Pertenecío al grupo impresionista.*

(2) *Es por lo tanto a causa de nuestra organización industrial que hace imposible el amor al oficio y hasta el ocuparlo.* — (N. del T.).

BIBLIOGRAFIA

"Los Bandoleros del Sur" A. Courel; Talleres Gráficos "La Capital"—Mar del Plata

Nos complace sobremanera ver confirmado, por un escritor extraño a nuestro medio, cuanto nosotros hemos dicho y manifestado oportunamente sobre el origen y desarrollo de la tragedia patagónica.

"Los Bandoleros del Sur" tanto como un grito de indignada protesta contra los abusos descomunales de capitalistas y autoridades, ejercidos contra las clases trabajadoras de aquella región, es un documento de inapreciable valor histórico por cuanto nos descubre los entretelones de la tragedia sangrienta culminada en la más feroz y espantosa de las represiones habidas en las luchas entre el proletariado y sus enemigos históricos.

Los personajes principales que tomaron una participación directa o indirecta en los sucesos, nos son presentados en su vida ordinaria, y algunos de ellos en su intimidad, lo cual hace de este libro una de las publicaciones más interesantes que se hayan dado a luz a raíz de la masacre de Santa Cruz.

Jueces, militares, gobernantes, policía, carceleros y monopolizadores de la riqueza del sur desfilan por las páginas de este libro descubriendo a los ojos del lector la infame moral de los auténticos bandoleros, de los que tienen sojuzgado el territorio de aquella región en provecho propio.

Los dominios de los reyes de la Patagonia, de los Menendez Behety, son descriptos por A. Courel con acopio de detalles, sin duda por haber vivido su autor muchas de las páginas y episodios narrados. Los métodos por los cuales ese Menendez pudo acumular una fortuna de cien millones de libras esterlinas, se ponen de relieve, constituyendo de por sí, sólo, uno de los anatemas más formidables contra la injusticia de ese régimen burgués que permite y consiente el monopolio de la riqueza natural del suelo por uno o varios bandoleros patentados, con grave detrimento de la población.

La vida dispendiosa, las orgías desenfrenadas, que llevan en aquella región las autoridades y sus amigos los hacendados forma un notable contraste con el egoismo y la mezquindad de alma de estos mismos señores cuando se trata de mejorar las condiciones de vida del pueblo trabajador.

El soborno de los poderes constituídos, por parte de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, de propiedad exclusiva de los Menendez, es denunciado por A. Courel con pruebas inequívocas de cuanto dice, narra o cuenta.

Caída la Patagonia en manos de esos bandoleros uniformados y legalizados, la vida de aquellos pobladores solo se hace posible mediante el sometimiento personal al grupo de dominadores que por la fuerza del machete, de la ley, del oro y del plomo, imperan soberanos allá en tierras del sur.

Las apariencias sociales, de carácter legal, que tiene la vida en las principales ciudades del país desaparecen por completo en la zona patagónica, no habiendo allí más derecho ni libertad que aquellos que un hombre o un grupo de hombres pueden conquistarse por la fuerza. Así parecen haberlo entendido desde tiempo los bandoleros del capitalismo, de la banca y de la patria, y será por ello que no existe allí más derecho ni voluntad que los suyos.

Sólo así se explica que el alzamiento pacífico de unos centenares de parias, cansados de servir los intereses de dichos bandoleros, fuera reprimido sin formalidades legales de las cuales se muestra tan orgullosa nuestra justicia histórica de las grandes urbes del país.

Las incidencias de las huelgas de Santa Cruz y los asesinatos horrendos de la soldadesca de Varela son también reseñados en este libro que comentamos con la imparcialidad del hombre probo que sin participar de la ideología revolucionaria del proletariado levanta su grito de humana protesta contra la matanza cobarde e infame de los trabajadores del sur.

Digamos también que sin desearlo su autor este libro es una justificación elocuente del acto vindicativo de nuestro camarada K. Wilckens al eliminar al monstruo Varela. Y es también una justificación no solo de cuanto dicen diariamente los anarquistas contra el régimen capitalista sino de todos los actos futuros de violencia que pudieran surgir del seno de los trabajadores para vengar a sus hermanos inmolados en Santa Cruz.

"Los Bandoleros del Sur" es un libro, sencillamente escrito, que deberían leer todos aquellos que no tienen, como nosotros, un conocimiento directo de la tragedia patagónica.

CRITON

Arena en los ojos

I) La tontería de muchos hambrientos y la vanidad de unos pocos hartos forman un partido político.

II) Para el cura y el burgués, la naturaleza es inmoral; y para la naturaleza, el cura y el burgués son monstruos.

III) El razonamiento llega a conclusiones más audaces que la fantasía y, sobre todo, más peligrosas para lo ya establecido: Mientras la fantasía sueña en volar con alas de ángeles, el razonamiento construye el aeroplano, viola la ley de la gravedad; ¡y vuela!

IV) Hay hombres que viven como la pulga de la fábula sobre el camello; sin pensar en la vida. Por eso no cesan de gritar, para que no nos olvidemos que existen.

V) El motín es exterior, la revolución es interna. Un motín se produce en el cuerpo de un hombre que cambia de vestidura; una revolución en el del que, merced a la acción de los rayos solares, se enriquece de glóbulos rojos. El motín, porque es superficial, puede ser brusco; la revolución, porque es profunda, debe ser lenta. El motín es la obra de los superficiales y hasta de una clase parasitaria como la militar, la revolución es siempre obra de los útiles: es la obra de los pensadores mediante los que trabajan.

VI) No está todo en predicar una sociedad futura más bella, más justa y más noble; sino también en vivir nuestra vida presente, a la que rodean la fealdad, la bajeza y la injusticia, de tal modo que nos hagamos dignos de merecer esa sociedad noble, bella y justa que predicamos.

VII) La ciencia es como un trigal que siempre es el mismo trigal, pero nunca lo componen los mismos trigos: Es infinitiva... Un dogma religioso, en cambio, es como una pirámide milenaria, sus piedras son las mismas siempre: Es inmutable... Y el tiempo que es fecundo para el trigal, porque perpetuamente lo renueva, es funesto para la pirámide, porque día a día la destruye.

VIII) Parece fatal que los regímenes sociales no varíen sin que reviente una revolución: Ello es por culpa exclusiva de los poderosos, de los gobernantes. Usan la violencia para retener la verdad, justo es que ésta, una vez crecida y robusta, se emancipe violentamente de sus opresores. La verdad va evolucionando, es decir, creciendo, robusteciéndose; llega un instante en el que puede caminar, lo intenta, y se ve paralizada por egoismos y prejuicios, recias ligaduras. Así atada, permanece hasta que es capaz de romperlas. Sin la violencia de los poderosos, los gobernantes; la humanidad se iría apoderando de las distintas verdades correspondientes a las distintas épocas, con la serenidad de un hombre que ascendiese a una colina.

IX) Destruir lo malo es construir.

X) Puede existir pobreza sin honradez, más no puede existir honradez sin pobreza.

XI) La indiferencia ha hecho tanto mal como el mal mismo.

XII) Los muertos en forma de fantasmas, se aparecen en las casas sin habitantes; y los prejuicios en los cerebros sin ideas.

XIII) Un hombre de pie no sirve para escalón; por eso los ambiciosos gustan de que los reverencien.

XIV) En cada idealista que lucha por renovar las costumbres sociales, se repite la lucha de Don Quijote contra los molinos de viento: éste tomaba por gigantes a los molinos, y luchaba contra ellos; el idealista cree luchar contra ideales y sólo lucha contra intereses.

Alvaro YUNQUE

Buenos Aires, 1923.

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Resúmen sintético de una filosofía libertaria

II

Los fundamentos cosmológicos de la libertad.

Este problema, como muy bien decía Alfredo Fouillée, "no es solamente un problema filosófico, es por excelencia el *problema* filosófico. Todas las otras cuestiones están ligadas a ésta".

Ante todo, la cuestión primordial, esencial, el gran problema humano: explicación y naturaleza del universo y de la vida, la concepción del principio de causalidad.

No nos detendremos en la hipótesis ingenua de la creación divina y lo arbitrario sobrenatural. Eliminado progresivamente en el curso del desarrollo histórico, por la creciente conciencia de la inmutable naturalidad de los fenómenos, la superstición teológica, en su último término, se resuelve en la idea absurda, *contradictoria*, de un *Yo* infinito — antinomia inconciliable, porque el *yo* no se comprende sino es limitado por el *no-yo*— y lleva así, por lo tanto, en sí misma, su condena irrevocable.

Pero el fin de la ingenua idea de autoridad divina no es el fin del absolutismo y del fatalismo, y la ilusión autoritaria reaparece, en la cosmología y la filosofía simplista de los metafísicos, descarriados en la investigación de la causa primera.

Materialistas, espiritualistas, agnósticos, todos, en efecto, bajo aspectos diversos, llegan en último análisis a la superstición de la fuerza. Y es — Conta(1) lo ha puntualizado claramente — la característica del pensamiento filosófico del último siglo. Las entidades reemplazan a las divinidades, y al reino y a la autoridad de Dios suceden, al fin de cuentas, la autoridad y el reino de esta entidad suprema: la Fuerza.

Simple relación de energía, manera de ser relativa de un movimiento, simple cualidad, en una realidad *en sí*.

Es la operación familiar a todos los cerebros infantiles:

Un día, uno de esos globos que son la alegría efímera de todos los niños, había escapado de las manos inhábiles que lo retenían y después de haberse elevado pesadamente, planeaba, apenas fuera de alcance la punta de su hilo grueso que

colgaba. Mi hijo, en la edad en que todavía todos son milagros, lo miraba asombrado de no verlo elevarse más: "Es el peso del hilo que lo retiene", le expliqué. —Sí, repitió mi niño, confiado en la sabiduría del papá, es el peso del hilo..."

Y después de pensar un rato: "*¿Y dónde está el peso del hilo?*"

He aquí "la Fuerza" de los metafísicos, la fuerza-entidad!... Es el peso del hilo, abstracción substantivada, cualidad convertida en entidad, calificativo hecho substantivo e ídolo con mayúscula.

El ídolo así creado por una "enfermedad del lenguaje" según la significativa expresión de Max Müller, por la abstracción y la imaginación metafísicas, se convierte en la causa primera del mundo, la razón de ser del todo, la madre eterna e inmutable de las cosas.

Somos, por lo tanto, juguetes de una fatalidad eterna. Hagamos lo que hagamos, un destino implacable nos gobierna: un Fatum infrangible rige el universo, una causa única determina los fenómenos y una inexorable necesidad extiende su imperio sobre todas las cosas. El determinismo fatalista, el *predeterminismo*, es la expresión adecuada, el corolario lógico, del reino y de la autoridad de la Fuerza, inmanente o trascendente.

Pero la fuerza, principio absoluto, principio eterno e inmutable de la naturaleza y de los mundos, no es sino una ilusión, un miraje metafísico.

La fuerza, para el físico, para el monista consciente de la unidad del mundo, no es un absoluto, una realidad en sí, una "causa"; es una *relación* momentánea, *una abstracción matemática* que expresa un valor relativo de movimiento, una relación de fenómenos. Y el famoso principio de la permanencia de la fuerza, que es la base entre otras, como es sabido, de toda la filosofía de Spencer, — no es sino un sofisma verbal, asentado sobre la confusión y el equívoco.

Si salimos del verbalismo y de la logomaquia para situarnos en el punto de vista realista y científico, vemos que la fuerza, cualidad concreta de un fenómeno, se crea, que ella nace, se desarrolla y muere con él, que es, en una palabra, contingente y variable, como todo lo que pertenece al dominio de lo relativo, de lo "temporal", en el "mundo ondulante y variado de las realidades".

Fuera de allí, la Fuerza no es sino una expresión logarítmica, una abstracción, una palabra.

Decir que la fuerza es permanente, eterna, inmutable en sí, equivale a decir: la grandeza, la pequeñez, la ligereza, son permanentes, eternas e inmutables en sí mismas. Y esto no tiene, en realidad, ningún sentido.

* * *

El error fundamental de esta teología de la fuerza, de esta deificación de la cantidad, reside en la ilusión pitagórica, en el fetichismo del número, en ese realismo aritmético que desconoce la inmensidad de la naturaleza, niega, de hecho, al infinito y hace del matematicismo la esencia del universo.

Pero ante la noción del infinito, ante esa noción indefectible que constituye la gloria y la grandeza del pensamiento, humano, toda esa fantasmagoría, toda esa cosmología ontológica y absolutista, se derrumba y se desvanece.

¿Qué es la cantidad, nuestra cantidad, frente al infinito? ¿Cuál es su valor real si nos colocamos en el punto de vista naturalista que es el del pensamiento moderno y de la filosofía científica?

¿La cantidad abraza *toda* la realidad, y el mundo, *nuestro* mundo, es adecuado a la naturaleza entera?

Ciertamente, "todas las tentativas para determinar las condiciones de emergencia de los fenómenos físicos, más allá de los confines del espacio y los límites del tiempo, son tan vanas como —empleando la feliz expresión de Sir William Hamilton — la tentativa del águila por salirse de la atmósfera en la que planea, y la única que puede permitírselo". Pero si nuestros sentidos y nuestra imaginación no pueden salir del mundo y de la cantidad, del tiempo, del espacio y del número, que son los suyos, los nuestros, no es menos cierto que *sabemos* que la realidad natural es sin límites, que no se limita ni se mide por nuestra representación, por las formas, apariencias "especies" bajo las cuales la apercibimos.

El infinito de la naturaleza es un axioma incontestable. Es, como dice Stallo, "la expresión de la relatividad esencial de todas las cosas materiales y de sus propiedades; es la base de todas las relaciones que constituyen la actualidad sensible"; es el "fundamento de todas las acciones y formas materiales".

"Si el universo, ha escrito el doctor Hubert Boens, fuese finito, limitado, en virtud de la atracción que lo rige no formaría sino un bloc, inerte, inmenso, basculando o girando sobre su eje, dentro de su recinto limitado". O más bien, todo sería inmóvil y muerto, porque el equilibrio absoluto se habría forzosamente e inmutablemente establecido.

La noción del infinito es, por lo tanto, una noción necesaria, natural y racional.

Por lo tanto, si nosotros nos planteamos, con Stallo, "la cuestión de saber si tenemos derecho de aplicar al Infinito los conceptos lógicos y las fórmulas matemáticas basadas sobre las condiciode la existencia finita y de tratar el mundo ilimitado como un sistema mecánico definido, y a su energía como una cantidad constante" la respuesta es clara:

"Las operaciones, como lo ha dicho muy bien Stallo, donde el término infinito es tratado como los términos finitos son tan ilegítimas en física como lo son en las matemáticas". Lo que es verdadero para todo sistema finito, sea cual sea su extensión, no es verdadero de una realidad natural absolutamente ilimitada. "Ni la ley de conservación de la energía, ni la de su destrucción, pueden serle legítimamente aplicadas... Nosotros no podemos tratar al infinito como una cosa físicamente real — corporal —"*porque la realidad física definida es coextensiva con la acción y la reacción;* y las leyes físicas no pueden serles aplicadas porque ellas son determinaciones de los modos de la *interacción* entre dos cuerpos finitos, distintos". (2)

La naturaleza infinita no es un cuerpo distinto y no hay cuerpos fuera de ella con la cual pueda tener interacción.

Esta noción del infinito basta para destruir todas las imaginaciones absolutistas, todas las concepciones estrechas, autoritarias y fatalistas de la vida universal.

"Expresión de la relatividad esencial" de todas las cosas, es la negación de lo absoluto. Todo aparece en consecuencia *en relación*, —contingente, relativo y variable.

La unidad matemática misma, la base de toda medida, la trama misma de nuestras percepciones de intensidad, de extensión y de duración, de nuestras nociones de fuerza, de espacio y de tiempo, cesa de ser una realidad *en sí*, un absoluto de lo grande, para convertirse en una fijación orgánica, una resultante físico-psíquica, relativa y contingente, dependiente de nuestra coordinación cósmica y de nuestra fisiología.

El absolutismo matemático se desvanece. El cuadro que encerraba todo se rompe, y en los dos polos del infinito, el de lo grande y el de lo pequeño, en el abismo macrocósmico y en el abismo microcósmico, vemos por todas partes la vía abierta a lo nuevo en el mundo.

Siempre de este más allá infinito, pero no sobrenatural, de esta inmensidad de energía, de este abismo insondable, puede surgir en el mundo un elemento *nuevo*, — nuevo *para el mundo*, para *este* mundo, — un elemento que cambie la orientación, la dirección de las cosas, y venga a romper la cadena del predeterminismo y de la fatalidad. En la vida de los mundos, en la de nuestro universo como en el del más infinitesimal microcosmo, hay siempre lugar para la novedad, para la innovación, para el azar y el accidente.

Todas las palingenesias, todas las teorías de retorno eterno, aparecen así como errores, el progreso *real* se hace posible: escapamos al prejuicio matemático que hacía decir a Lucrecio: *eadem sunt omnia semper*, — a ese simplismo deprimente que hacía decir a Tindall: "La ley universal de la física es la generalización inesperada del aforismo de Salomón: *No hay nada nuevo bajo el sol*... Siendo la energía de la naturaleza una cantidad constante, todo lo que el hombre puede hacer para la investigación de la verdad física, o para la aplicación de las leyes físicas, es cambiar de sitio las partes constituyentes de un todo que no varía jamás, sacrificar una de ellas para producir otra".

No! La naturaleza infinita no es asimilable a un total, a un todo único donde solamente las combinaciones y las formas cambian y donde no hay sino nuevo-viejo, donde la "ley de compensación" es la ley suprema, donde la Matemática es la ciencia de las ciencias; y tenemos que cuidarnos mucho de las deducciones y de los sofismas verbales que han dado origen a esta expresión consagrada pero engañosa: el Gran Todo, y de la filosofía geométrica que de allí deriva.

Todo eso es siempre la vieja ilusión del materialismo. Es la vieja concepción ontológica, estrecha, de la naturaleza, que hacía decir a Goethe en un sofisma grandilocuente: "Ella siempre contiene todo. Para ella ni pasado ni porvenir; para ella el presente es eterno".

Fué ella la que inspiró a Laplace las líneas famosas y tantas veces reproducidas: "Una inteligencia que, en un instante dado, conociera todas las fuerzas de que está animada la naturaleza y la situación respectiva de los seres que la componen, y si por otra parte fuese tan vasta para someter sus resultados al análisis, abrazaría en la misma fórmula los movimientos de los cuerpos más grandes del universo y los del más ínfimo átomo Nada sería dudoso para ella, y el porvenir, como el pasado, estaría presente a sus ojos".

Vanos discursos de la ebriedad matemática, que quiere concretar bajo su compás, — *número, pondere, mensura*, — la naturaleza entera! Frente a la realidad sin límites, eso no significa *nada*.

* * *

Ahora podemos abordar con luces suficientes la cuestión que, para muchos es el centro del problema: la cuestión del mecanicismo.

"El Mundo es una máquina, y en una máquina no hay sitio para la libertad". He aquí lo que se nos dice. ¿Qué vale esta afirmación?

Esta cuestión está íntimamente ligada a la del matematicismo; puede decirse que ella no es sino su corolario. El simplismo mecánico es la consecuencia fatal, la consecuencia lógica del simplismo matemático. Y la consideración del infinito de la naturaleza y de la energía, que destruye a la una, destruye también a la otra: la realidad natural en su complejidad sin fin, escapa a la mecánica, como escapa a la matemática. El universo en realidad, no es como un cuerpo muerto que recibe una impulsión extraña. Es un organismo viviente, "abierto de todas partes", "invasor e invadido", no puede asimilarse a un sistema mecánico, a un sistema fijo, a un sistema cerrado cualquiera.

Sus elementos atómicos, ellos mismos universos, mundos entre los mundos, focos de energía ellos también — lejos de ser elementos simples, inertes y pasivos, viven la vida universal. Son activos. Son manantiales de fuerza.(3)

El átomo, así, el átomo caro a los mecanicistas, no es el último término del análisis. La materia, la materia atómica, no es sino un estado secundario de la substancia universal. Es la energía que es el fondo, el tejido mismo de las cosas, el alma de las realidades incesantemente cambiantes e incesantemente nuevas.

Así se explica la fecundidad inagotable de la naturaleza en gestación eterna. Así se explica, así se realiza y se persigue sin fin, en el espacio y el tiempo, el trabajo expontáneo de la creación natural.

Esta generación expontánea, esta actividad creadora, no escapan por cierto al determinismo universal, que es la ley misma de la causalidad, la condición de todo lo que existe. Pero no hay determinismo y determinismo? Allí está la cuestión.

Y, en efecto, nosotros podemos ahora darnos cuenta que, en la naturaleza sin límites, los universos son innumerables; que a través de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, en todas las direcciones, los mundos pululan sin cuenta, al infinito, *cada uno con su organización y su vida propias, su orden, su norma.* Es la variedad natural de la vida, inagotablemente compleja y diversa en su inmensidad inaferrable. *Es la ley natural de autonomía* — tan primordial, tan indefectible como la ley de solidaridad.

Cada universo tiene su régimen diferente. Cada mundo tiene su coordinación, su escala, su actividad propias. *Cada esfera tiene su medida y su determinismo.* Tal es la verdad capital que se nos presenta.

* * *

¿Cómo comprender en estas condiciones el principio de causalidad? ¿Cómo concebir la relación de causa a efecto, de antecedente a consecuente? *¿Cómo concebir las relaciones entre fenómenos? ¿No se desvanece el absolutismo? ¿Y puede aún sostenerse el inexorable, el ineluctable "encadenamiento" de los fenómenos, la cadena infinita de los efectos y de las causas?*

Determinismo no es fatalismo, he aquí la conclusión a que llegamos. La vieja concepción autoritaria de la causalidad se hunde, para dar lugar a una etiología de los fenómenos que no ve en todas partes sino *complexus de complexus*, resultantes, coyunturas de factores entrelazados al infinito, *intus et extra*. Y si nada se crea *e nihilo*, no es menos cierto que no hay ecuación de causa a efecto, que un efecto *no se deduce* de *una* causa, que todo efecto tiene muchas causas, como toda causa muchos efectos, y que cada componente, cada centro autónomo de fuerza, tiene, conforme al principio de Galileo, su rol independiente y su poder de acción y conserva inalienable, irreductible, inviolable, en su dinamismo íntimo, la expontaneidad de la vida.

No se trata aquí, advirtámoslo bien, de caer en el misticismo bergsoniano, en la metafísica de la duración pura y la teología del Impulso Vital y de la Evolución Creadora. Todo es física para nosotros. Todo está *físicamente determinado.* ¿Pero quién no ve que este energetismo complejo al cual hemos llegado, no permite, tan lejos como lo permita el análisis, llegar a un absoluto cualquiera, causa primera de lo que sea? Así el fatalismo cae — al mismo tiempo que el libre arbitrio; el absolutismo objetivista al mismo tiempo que el absolutismo subjetivista; y el mecanicismo y la teología, y esa superstición del medio que el transformismo ha suscitado y que conduce a la resignación sin salida, a la pasividad y a la abdicación.

Y en una aurora de liberación, percibimos el reino de un determinismo *relativo*, múltiple, sin medida común ni valores fijos, dependiente de matemáticas heterogéneas y en las cuales cada foco de energía, cada organismo, participa según su propia naturaleza, y según las leyes naturales, que no son sino la expresión de la lógica proteiforme de las cosas, en el *poder* universal.

Pablo GILLE

(Continuará)

(1) Conta, *Introducción a la Metafísica.*

(2) Stallo, *La Materia y la Física moderna.*

(3) *Ver los trabajos de Gustavo Le Bon, etc.*

ERRATA: — En el artículo publicado el número anterior donde dice: *maquinal destino de aristócrata natural*, debe leerse: *de autómata natural.*

Mi Comunismo

Precio en rústica $ 2.00

" " tela $ 3.50

PENSAMIENTOS DE MARZO

En el mes de marzo del agitado año de 1848, un rey prusiano debió quitarse el sombrero ante los cadáveres mutilados de los combatientes de las barricadas, a los que su orden había deparado la muerte. En más de mil barricadas lucharon los burgueses, los trabajadores y los estudiantes de Berlín contra la soldadesca de un Hohenzollern que, junto con su hermano, estaba a la ventana del palacio y desde un lugar seguro contemplaba sin pestañear la lucha asesina. Tan sólo cuando comprendió que en ese juego peligroso sólo el rey podía extenuarse, concibió aquella proclama hipócrita "A mis queridos berlineses" y ordenó el retiro de los militares de la ciudad. Pero su hermano, el "príncipe metralla" de 1848 y más tarde Guillermo I, debió ceder al furor popular y huyó, provisto de un falso pasaporte, con el nombre de Lehmann, Inglaterra. Y entonces comenzó la gran comedia. El rey se inclinó aterrorizado ante tantos muertos que habían sido amontonados en el patio del palacio y prometió al pueblo todo lo que le exigió. Y esto no era mucho. Una constitución, la libertad de prensa y de reunión y todo lo que a ésto estaba asociado, y cuando el príncipe Lichnowsky aseguró al pueblo reunido alrededor de sus muertos que desde entonces era permitido fumar en el Tiergarten, se tranquilizó y se retiró a casa.

Se había olvidado que ya otra vez se prometió la constitución al pueblo en tiempo de la llamada "guerra de liberación", cuando la sangre popular libró al país de los franceses. Pero cuando el "bandido corso" fué abatido y millares y millares hubieron derramado su sangre para este fin, el rey de Prusia, junto con el zar de Rusia y el emperador de Austria, fundó la "Santa Alianza" y la voz de la libertad agonizó en los húmedos calabozos y se perdió en las cárceles

No otra era la situación en 1848. Después que el rey y su camarilla superaron el primer temor, armaron sus hordas contra la revolución, para sofocar en sangre la joven libertad. Mercenarios prusianos acudieron rápidamente en ayuda de los príncipes del centro y del sur de Alemania y apagaron las últimas llamas chispeantes de la resistencia revolucionaria en la sangre de los luchadores de la libertad de Dresde y Rastatt.

Bajo la monarquía lucharon entonces mano a mano los burgueses y los estudiantes con los obreros para sostener un futuro político mejor para el pueblo alemán. Hoy, bajo la era de la república, la bandera negra, roja y oro de los hombres del pueblo de 1848 se ha convertido para la gentuza instruída de las universidades alemanas en "la bandera de los judíos", y la llamada democracia burguesa del Ayuntamiento de Berlín rehusa a sus "campeones" del agitado año una simple estatua en el cementerio de los caídos en marzo y se defiende con pies y manos contra el pedido de cambiar el nombre de la Plaza del Rey por el de Plaza de la República.

Y los socialistas alemanes predican el frente único patriótico con la más miserable de todas las burguesías y ofrecen su apoyo para entregar a sus verdugos a los revolucionarios extranjeros que fueron bastante ingenuos para confiar en el derecho de asilo en la república alemana, y perseveran en su senil impotencia, mientras que en todo el país, más descarada que nunca, la reacción levanta la cabeza y ve venir su hora con la íntima seguridad de la victoria. El socialismo alemán no ha sabido recoger la herencia de los revolucionarios burgueses de 1848 y tenía ya completamente rotas las alas cuando trajo a Alemania la república en noviembre de 1918.

Y por otra parte, fué también en marzo y en las calles de París, iluminadas por el sol, donde resonó el grito triunfal, anunciador de un nuevo futuro: *Vive la Commune!*

El movimiento de 1848 era sólo un nuevo párrafo del mismo capítulo que la gran revolución francesa había introducido en la historia de los pueblos europeos. Pero la Comuna de París era el prólogo de un nuevo capítulo en la historia de Europa, el poderoso anuncio de un nuevo porvenir social. La proclamación de la Comuna de París fué la franca declaración de guerra al Estado centralista y a todas las tradiciones políticas del radicalismo burgués, que había arraigado profundamente hasta en el círculo del trabajo. Esto era tanto más importante cuanto que Francia había sido hasta allí el país de la centralización política por excelencia y en París se reunían todos los hilos de la monstruosa red gubernamental. París renunció voluntariamente a ser capital de Francia y estimuló a todas las comunas a fundar una gran federación de comunas libres e independientes, con lo que abrió a la evolución política del país perspectivas completamente nuevas y destruyó el dogma jacobino de la república "una e indivisible" que la gran revolución había dejado en herencia a todos los partidos revolucionarios posteriores. París se reconoció el derecho de autodeterminación de las comunidades e intentó por un hecho heróico colocar la piedra fundamental de una nueva cultura social, que debía señalar nuevos objetivos y caminos a toda evolución social del presente. Lo mismo que en el gran período de civilización del siglo XI al XV, que terminó con la fundación del Estado moderno, se quiso abrir ahora sobre bases más nuevas el período del federalismo, el único que puede llevar a los experimentos creadores de una civilización futura.

Esta fué la significación histórica formidable de la Comuna de París, que hizo su nomore imperecedero para todos los tiempos. Y esta fué también la causa por la que especialmente el ala revolucionaria de la Asociación Internacional de los Trabajadores saludó la sublevación del 18 de marzo de 1871 con un entusiasmo tan grande. Para los socialistas revolucionarios de aquella época, la Comuna fué un ejemplo instructivo de la base política de desarrollo de la revolución social. La sublevación parisiense fué una ruptura con todas las tradiciones burguesas; creó, por decirlo así, un nuevo método revolucionario que oponía al centralismo del Estado, la descentralización política de las comunas federadas.

Los partidos revolucionarios que desarrollaban su actividad después de la revolución francesa, veían sin excepción en la conquista del poder político central la condición previa para poder gobernar desde la capital del país en su sentido. Pero la Comuna proclamó la independencia comunal de París y confió en que cada comuna seguiría su ejemplo y se haría dueña de su propio destino. Esta fué la diferencia fundamental entre la revolución del 18 de marzo de 1871 y todas las demás sublevaciones revolucionarias desde 1789.

Los hombres del ala federalista de la Internacional, los llamados bakuninistas, reconocieron claramente que el fin del socialismo no podría ser realizado en las viejas formas políticas de la sociedad actual. Sabían que todo nuevo orden económico debe crearse su propia forma política de vida social, como condición necesaria de su evolución. La Comuna de París les señaló esta nueva forma de organización política. Lo mismo que la sociedad económica representaba la unidad económica de los productores, la Comuna representaba la unidad territorial que debía servir como punto de partida de la evolución social. Por este motivo, y sólo por este motivo, la Comuna de París fué, a pesar de todas sus faltas y defectos inherentes, el símbolo de la revolución social, la anunciadora de un renacimiento social de la humanidad.

La Comuna de París no tuvo tiempo de desarrollar grandes actividades creadoras. En su vida de dos meses debió concentrar todas sus fuerzas en la resistencia contra Versalles. Y cuando sus defensores comprendieron finalmente que su heróica lucha era inútil, supieron morir de un modo digno de su objetivo.

35.000 hombres, mujeres y niños cayeron víctimas de una soldadesca inhumana. Las hordas del orden de Mac Mahón, que no pudieron ganar laureles en la guerra contra los prusianos, satisfacían ahora su furor en los desgraciados que caían en su poder. El "orden" fué restablecido, pero las mujeres y los hombres de la Comuna vivirán eternamente en el corazón del proletariado, como los precursores de un futuro mejor.

Y fué también en marzo cuando los trabajadores y los marinos de Kronstadt cayeron ametrallados por un llamado gobierno "comunista", porque se atrevieron a entrar en los límites de la independencia de los soviets.

"Aquí en Kronstadt fué colocada la piedra fundamental de la tercera revolución, — dice una proclama de los rebeldes — que abrirá una amplia vía a la causa del socialismo. Esta revolución debe convencer a las masas obreras del este y del oeste que lo que aconteció hasta aquí entre nosotros no tiene absolutamente nada que ver con el socialismo... Los obreros y los campesinos siguen su marcha hacia adelante y dejan tras sí tanto la Constituyente con su régimen burgués, como la dictadura del partido comunista con su "Comisión Extraordinaria" y su capitalismo de Estado, que lo mismo que la cuerda del verdugo, estrangula al pueblo laborioso. La revolución actual da a los trabajadores la posibilidad de poder elegir libremente sus soviets, sin que deban temer la presión de ningún partido, y hace posible también a los sindicatos burocratizados transformarse en libres asociaciones de trabajadores manuales e intelectuales".

Y por este fin fueron abatidos los rebeldes de Kronstadt por los mercenarios de una camarilla política, que intenta disimular su avaricia de poder tras la famosa "dictadura del proletariado", con el mismo bárbaro bestialismo con que fueron aniquilados los rebeldes de París por las hordas de asesinos de Gallifet y de Mac Mahón. Los hombres y las mujeres de la Comuna de París han encontrado su puesto en el corazón del proletariado, pero aquellos cuya sangre inundó las calles de Kronstad, fueron calificados por los de su propia clase como contrarrevolucionarios y traidores. Se les condenó sin conocer absolutamente la causa por la que han luchado y por la que supieron morir, y su último grito de muerte se desvaneció sin ser oído. Y sin embargo estos hombres luchaban por una causa que había sido un tiempo también la causa de sus verdugos, cuando éstos se preparaban a recibir el poder político en sus manos, y que traicionaron desde el momento en que se convirtieron en los dictadores del país.

Tres momentos—Ruegos—Reformas—Luchas

Los rebeldes de Kronstadt fueron en marzo de 1921 aniquilados por las mismas razones que Robespierre envió a los *enragé* a la guillotina. *Para poder dirigir el tren hacia la derecha se debía primero limpiar el camino de revolucionarios de la izquierda.* Y, caso curioso, fué también en marzo cuando los *enragé* de 1794 debieron colocar sus cabezas bajo el cuchillo de la guillotina. Y del mismo modo que a los hombres de Kronstadt, los acusaron también sus enemigos de contrarrevolucionarios y de agentes a sueldo de Pitt. Pero la historia ha juzgado desde hace tiempo la vergonzosa calumnia, y también dictará su sentencia sobre los rebeldes de Kronstadt y sobre sus verdugos.

Sea para nosotros marzo una nueva promesa para perseverar en la lucha contra todo dominio del hombre sobre el hombre y contra toda forma de explotación, bajo cualquier disfraz que se oculte.

Rudolf ROCKER

Berlín, marzo de 1923.

El Aguila y la Víbora

La víbora no se podía conformar con su miserable condición y en vez de ser humilde y buena protestaba contra su destino, se alimentaba de odio y asesinaba a traición a los seres que se le acercaban.

Contemplando el vuelo magestuoso del águila que se elevaba, se elevaba, y luego como un puntito negro describía grandes círculos serenos en el azul, se lamentó:

— He ahí un placer que yo no puedo gozar.

Y maldijo a Dios.

No por ello dejó de ambicionar y se dió a escalar la montaña para llegar al cielo.

Se arrastró, se arrastró... Atravesó torrentes, salvó precipicios, rocas encendidas, nieves eternas y desde el más alto pico, vió aún lejos el cielo impasible y profundo.

El águila, fuerte y generosa, adivinando su desesperación se acercó a preguntarle:

— ¿Qué pretendes?

— ¡Subir!

— Bien, siendo pura y noble, subirás.

— Y ¿cómo?

— Yo te conduciré.

Y así fué.

Como en las garras iba mal, como en las alas impedía el vuelo, la víbora se envolvió al cuello del águila y ésta abrió las amplias rémiges que batieron el aire limpio y se elevó sin esfuerzo.

El ofidio sintió un mareo, un vértigo, y luego una inefable sensación de azul.

El águila pensaba:

— El cielo suaviza sus instintos; el agradecimiento le dará buenos consejos: no me puede hacer mal.

La víbora llevaba la aplastada cabeza más alta que la del águila, bebía el azul y, olvidada de ser una simple invitada en el paseo celeste, ordenaba siempre ir más arriba, más arriba!

Miró con soberbia la miseria de la tierra lejana y como la ascensión no le demandaba el mínimo esfuerzo llegó a creer que ella era la reina del aire, que era suyo el dominio del infinito, y eran propias las alas poderosas, y despreció a su compañera.

Echó en olvido ser de la tierra; que su condición era la de arrastrarse, y que debía al águila noble el sueño de su viaje al azul.

Quiso ir por sí. Prescindir de ella. Y estrechó sus anillos al cuello del ave.

Esta, ahogándose, preguntó:

— ¿Qué haces?

— Es que estamos tan alto que temí caer.

— Me haces mal y es peligroso.

— Ahora que sé volar me río del peligro... — monologó la víbora, y se estrechó más y más hasta estrangularla.

Pero antes que el águila perdiera su última fuerza, ya se precipitaban como un rayo en el vacío.

La víbora se enorgullecía:

— ¡Vuelo!

Y se destrozó contra la tierra.

Montiel BALLESTEROS